SARTINE, UN OFICIAL DEL CUERPO DEL MINISTERIO

Alfonso de la HOZ GONZÁLEZ

No hay potencia en el mundo que necesite más las fuerzas marítimas que España, pues es península y tiene que guardar los vastísimos dominios de América que le pertenecen.

Representación del marqués de la Ensenada a Fernando VI, 1747.

Llanto por la pérdida de un Imperio

DURANTE la segunda mitad del siglo XX y simultáneamente al desmembramiento del Imperio británico, empezaron a publicarse numerosas novelas de corte histórico que tenían como marco la batalla de Trafalgar y el posterior triunfo sobre Napoleón, dando al traste con uno más de los intentos de reunificación de la Europa continental, así como con los tres siglos de hegemonía del Imperio español.

La elección de la época no era casual; aturdidos ante el súbito desmoronamiento de su dominio sobre sus otrora colonias tras la certificación del nuevo orden mundial en Yalta y Potsdam, aquellos británicos, que decidieron no sucumbir ante los Beatles, la psicodelia y la moda de Carnaby Street, se refugiaron en la ficción histórica, acudiendo a los prolegómenos de la era victoriana: los tiempos de lord Nelson.

No es de extrañar que el primero en acometer el relato de una serie de aventuras basadas en aquella época fuera Cecil Scott Forester (El Cairo, 1899-Fullerton, Estados Unidos, 1966). Nacido en Egipto, donde su padre ejercía como funcionario docente inglés, en 1937 publicó la primera novela, cuyo protagonista era Horatio Hornblower, tocayo de Nelson y, sin lugar a dudas, mi favorito, pues me recuerda a un querido compañero de promoción —del Cuerpo General por supuesto— a quien siempre imagino jugando al *whist*. Ni qué decir tiene que dicho compañero es más guapo que Gregory Peck, quien

Escena de la película *El guardiamarina Hornblower*.

encarnó a Hornblower en el cine. A la primera novela, *El guardiamarina Hornblower,* seguirían otras diez, además de dos relatos breves.

El siguiente autor y posiblemente el más exitoso es Patrick O'Brian, (Buckinghamshire, Reino Unido, 1914-Dublín, Irlanda, 2000), que escribió una serie de 21 relatos que tienen como protagonistas al marino Jack Aubrey —posiblemente inspirado en Thomas Cochrane— y al cirujano irlandés, aunque nacido en Barcelona, Stephen Maturin. El primer libro lleva por título *Capitán de mar y guerra*, al igual que la película protagonizada por Russell Crowe *Master and commander*.

Alexander Kent es el seudónimo utilizado por Douglas Edward Reeman (Surrey, Reino Unido 1924-2017), capitán de corbeta en la reserva y autor de las 30 novelas protagonizadas por Richard Bolitho, el marino de Cornualles.

También era marino Dudley Pope (Kent, Reino Unido, 1925-isla de Saint Martin, Antillas Francesas, 1997), el creador de la serie de 18 novelas que tienen como protagonista a lord Nicholas Ramage, un joven marino demasiado familiar con la dotación para la rígida disciplina británica, lo que no le impedía darnos para el pelo a los españoles en cuanto se le presentaba la ocasión. Pope vivió a bordo de un barco durante gran parte de su vida.

No podía faltar un marino mercante en esta relación, y este no es otro que Richard Woodman (Londres, 1944) autor de las catorce novelas protagoniza-

Russell Crowe en *Master and commander*,

das por Nathaniel Drinkwater, un oficial de la Armada británica abrumado por su lugar en el mundo durante las guerras napoleónicas.

A diferencia de los protagonistas anteriores, todos ellos inspirados más o menos en el perfecto oficial británico, Dewey Lambdin (San Diego, California, 1945) nos trae la figura de otro heroico marino inglés de la época napoleónica; pero esta vez se trata de un «juergas» y un «broncas»: el inefable Alan Lewrie, a quien su padre enrola a la fuerza en la Marina cuando estaba a punto de acostarse con su hermana. La procedencia norteamericana de Lambdin aporta algo de aire fresco a este tipo de lecturas. Lewrie, protagonista de 26 novelas y tocayo de aquel jactancioso y pendenciero personaje de Stevenson —el maravilloso Alan Breck— es un sinvergüenza con suerte que se convertirá en todo un dandi.

Un precursor francés y la reacción continental

Curiosamente, este tipo de novelas tuvo un precursor francés. Se trata de Louis Garneray (París, 1755-1837), marino, pintor y escritor francés que combatió a los británicos como oficial de la Armada y como corsario. Escribió numerosos libros, en los que narra cuantiosas vicisitudes marineras que sirvieron de inspiración a Herman Melville. También se vio envuelto invo-

luntariamente en el tráfico de esclavos en sus múltiples navegaciones por Asia y África.

Otro intento de réplica francesa fueron las novelas del prolífico Frédéric H. Fajardie (París, 1947-2008), autor de *La fragata fantasma* y *La venganza del sable*, que tienen como protagonista a Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana, cuyas peripecias se desarrollan respectivamente durante dos procesos revolucionarios: la independencia de las colonias norteamericanas y guerra de la Vendée.

Lógicamente, nuestros narradores no iban a ser menos, y pronto aparecieron en las letras hispanas diversas series de novelas protagonizadas por un mismo héroe, a las que no debemos llamar sagas, puesto que el diccionario de la Real Academia Española en su segunda acepción define la saga como relato novelesco que abarca las vicisitudes de varias generaciones de una familia; tal sería el caso de lo que intenta Delgado Bañón con los Leñanza.

Dos son los contextos históricos escogidos por nuestros novelistas, las postrimerías del siglo XV, inicio de nuestra gran epopeya americana, y el XVIII, período en el que se crea la Armada tal y como la conocemos hoy y que a juicio del que fuera director de la REVISTA GENERAL DE MARINA, contralmirante Jesús Salgado Alba, constituye «ese espléndido alborear, ese prometedor impulso dieciochesco de la Armada española que, desgraciadamente, se quedó en eso: en un alboreo espléndido y en una gran promesa truncada, a finales de siglo, por falta de continuidad en el esfuerzo, ese pecado capital de nuestro carácter» (1).

El descubrimiento de América inspiró al celebérrimo y fecundo escritor canario Alberto Vázquez-Figueroa (Santa Cruz de Tenerife, 1936) el personaje de Cienfuegos, un pastor gomero que se ocultará como polizón en la nao *Santa María*, que posteriormente participará en diversas aventuras, algunas de ellas navales, que le llevarán finalmente a Norteamérica, donde hollará las grandes praderas y las montañas rocosas. La serie consta de siete novelas: *Cienfuegos, Caribes, Azabache, Montenegro, Brazofuerte, Xaragua* y *Tierra de bisontes*. (También tituladas en función de sus correspondientes cardinales romanos *Cienfuegos I, II, III, IV, V, VI* y *VII*, respectivamente).

El historiador gaditano Francisco Javier Fornell (Cádiz, 1978) recupera un personaje real, Pedro H. de Cabrón, para plasmar en dos novelas históricas las andanzas de un navegante, pirata, corsario y comerciante gaditano que tuvo una destacada participación en la conquista del archipiélago canario: *Llamadme Cabrón (Historia de un pirata)* y *Lanza y oro*.

En cuanto a nuestro Siglo de las Luces, han sido varios los novelistas que han acometido el reto de narrar las correrías de alguno de los componentes de

(1) Reseña de *La Marina de la Ilustración,* de José Cervera Pery, por Jesús Salgado Alba en la REVISTA GENERAL DE MARINA, febrero de 1987.

nuestra Real Armada durante el apogeo de la Ilustración. De sus reverberaciones al final del siglo XVIII se ocupa José Antonio Solís Miranda (Pravia, Oviedo, 1947), quien nos presenta a Jaime de Onrubia, capitán de diversas corbetas y bergantines a lo largo de la pentalogía naval que constituyen sus novelas: *Los cazadores, Por costas lejanas, Con el viento de popa, Diez cañones por banda* y *Rumbo a La Habana*.

El capitán de corbeta hidrógrafo y capitán de la Marina Mercante Jorge Daniel Villar Serrano (Málaga, 1953) es autor de una trilogía que tiene como principal protagonista al teniente de navío Javier Serrano, intrépido navegante, espía y agente del Almirantazgo que se las verá más en más de una ocasión con los piratas argelinos y con los corsarios británicos en la trilogía que componen *La campaña de Cabrera, El Departamento de Cartagena* e *Intrigas en Menorca*.

Por último, el físico nuclear Manuel Lozano Leyva (Sevilla, 1949) es autor de una trilogía protagonizada por Álvaro Soler, una especie de agente de policía de la época al servicio del marqués de la Ensenada. Tras resolver un caso de asesinato en la Sevilla de Pablo de Olavide en *El enviado del Rey*, en las dos secuelas posteriores, *Conspiración en Filipinas* y *El Galeón de Manila,* tendrá que investigar nuevos e intrigantes casos, pero esta vez embarcado en grandes navíos como el *San Venancio*.

Ya en la narrativa ambientada en el siglo XX, podemos citar el caso de mi buen amigo Luis Mollá, quien acomoda de forma guadianesca a alguno de sus personajes, verbigracia Carlos Dato, ora como protagonista en *El veneno del escorpión*, ora como secundario en *Soldado de nieve*; tal y como dispone John le Carré de George Smiley, su agente más emblemático.

Un olvido imperdonable

En mi artículo *Un paseo literario por el Cuerpo de Intendencia*, incluido en el suplemento especial de nuestra REVISTA de noviembre de 2018 dedicado al tricentenario de la Intendencia Naval, me lamentaba de la escasez de intendentes como personajes de ficción, situación que imputaba a las prosaicas y mundanas atribuciones derivadas de las actividades logística y económico-administrativa.

Algunos compañeros me señalaron al capitán Pantaleón Pantoja, el inolvidable protagonista de la novela *Pantaleón y las visitadoras*. Muchos intendentes de la Armada —absténganse aguafiestas y prefiero no entrar en detalles— hemos deseado ser en alguna ocasión Pantaleón Pantoja; incluso el entrañable y carismático Touriño Soñara, voraz lector de las páginas económicas color salmón de los periódicos y que en alguna de sus magistrales clases de aprovisionamiento llegó a proclamar: «Yo fui bróker», se declaró lector de la novela de Mario Vargas Llosa. Sin embargo, el capitán Pantoja era un miembro del

Ejército peruano al que destacaron en la selva amazónica, por lo que en cumplimiento de una conocida expresión castellana que me hace mucha gracia, «entre bomberos no vamos a pisarnos la manguera», no podía evocar a Pantaleón como intendente naval. Tal hecho habría constituido un acto de apropiación indebida. De igual modo, a nuestros compañeros intendentes del Ejército jamás se les ocurriría utilizar una galera romana para glosar sus actividades en publicación alguna.

Pero fue mi compañero de promoción, el teniente coronel Juan Antonio Gómez Iglesias —natural de Narón (Ferrol)— quien me indicó vía *whatsapp* (perdóneseme por el uso este último palabro) lo siguiente: «Te has olvidado del intendente literario más famoso: Sartine».

Inmediatamente me puse manos a la obra y descubrí que por fin disponíamos de una réplica apropiada, implacable y rigurosa frente a los Jack Aubrey, Hornblower y compañía: Sartine, hombre de mar e intendente del Rey. Un oficial del Cuerpo del Ministerio durante la época del marqués de la Ensenada, del que sorprendentemente no existía ninguna reseña en la REVISTA GENERAL DE MARINA, omisión que debemos reparar con carácter urgente e ineludible.

El autor y su obra

Juan Antonio Granados Loureda (A Coruña, 1961) se licenció en Historia Moderna por la Universidad de Santiago de Compostela, amplió estudios de doctorado en Madrid y se especializó en Historia Económica en el Instituto Internazionale Francesco Datini de Prato (Florencia). Ha sido profesor de Historia en un Instituto de Enseñanza Secundaria, inspector de Educación, editor y director de la revista *Eduga, Revista galega do ensino*. También ha colaborado en *El Correo Gallego* desde su columna «El barril de amontillado», evidente homenaje a Poe, y en el *ABC* de Galicia, donde sus artículos fueron publicados en la sección titulada «Entre brumas».

Sus primeras investigaciones históricas tuvieron por objeto la labor de los intendentes de Galicia y del Arsenal de Ferrol durante el siglo XVIII. Ha participado en los siguientes títulos de autoría colectiva: *Historia de Ferrol, Historia Contemporánea de España* e *Historia de Galicia* y también ha publicado diversos libros de divulgación histórica, como *Breve historia de Napoleón, Breve historia de los Borbones españoles* y *La guerra de sir John Moore*. Además de la serie dedicada a Sartine, tiene en su haber otras obras de narrativa, como la novela histórica *El Gran Capitán*, y la citada recopilación de narrativa breve *Entre brumas*.

Hasta la fecha, dos son las aventuras protagonizadas por Nicolás Sartine, intendente del Cuerpo del Ministerio de la Armada, nacido en Barcelona, de ascendencia francesa y siempre al servicio del marqués de la Ensenada: *Sartine y el caballero del punto fijo* (2003) y *Sartine y la guerra de los guaraníes*

(2010). Ambas han sido lujosamente publicadas por Edhasa en su colección «Narrativas Históricas».

Sartine y el caballero del punto fijo

Antes del inicio de la novela, Granados incluye una sección de agradecimientos en la que se refiere a su padre como «marino excelente y el mejor ser humano que he tenido la fortuna de conocer», de lo que deduzco que comparte la clásica máxima de George Simenon: «El mejor amigo que puede tener un hombre es su padre».

La primera página del libro no puede ser más prometedora: nos presenta al intendente de Marina Nicolás Sartine y a uno de sus más cercanos colaboradores, el comisario ordenador de origen irlandés Felipe O'Conry (en un papel similar al que desempeña el señor Bush en las novelas de Hornblower), en el Real Sitio de Aranjuez en 1748. Son los tiempos de esplendor de Zenón de Somodevilla y Bengoechea, el marqués de la Ensenada, de quien se dijo que «tuvo que apuntalar las arcas del Tesoro Nacional, rebosantes de numerario» (2), merced a su buena gestión económica como primer secretario de Fernando VI.

De la mano de Sartine conoceremos a los principales personajes de la Corte: la reina Bárbara de Braganza, portuguesa y por lo tanto filobritánica;

(2) BLANCA CARLIER, José María: «La Intendencia naval española a través de la historia». REVISTA GENERAL DE MARINA, agosto-septiembre 1996.

los miembros del partido pro inglés Ricardo Wall y el secretario de Estado José de Carvajal y Lancaster; Carlo Broschi, más conocido como Farinelli, el célebre castrato, y el embajador británico sir Benjamin Keene.

A Sartine se le encomienda una misión en Galicia, donde tras un encuentro con Melchor de Macanaz participará desde La Graña en la construcción del Arsenal de Ferrol. Allí volverá a encontrarse con su viejo y peor enemigo: el marqués de la Victoria.

Vuelvo a coincidir con el autor, pues nunca me cayó bien el siciliano Juan José Navarro. Recuerdo con estupor mis primeros meses en la Escuela Naval Militar, cuando los brigadieres nos decían que los ratones del Cuartel «Marqués de la Victoria» eran más antiguos que los aspirantes de primero.

Sartine es un hombre culto y un regalista convencido que pronto conocerá a un compañero de correrías cuyas inquietudes intelectuales son iguales o superiores: Cosme Ábalos, ingeniero real que desempeñará un papel similar al del doctor Stephen Maturin, aunque a diferencia de lo que sucede en las novelas de Patrick O'Brian nunca llega a igualar el protagonismo de Sartine.

A lo largo del relato, Sartine y sus comisarios tendrán que desplazarse a Londres, donde colaborarán con Jorge Juan en la captación de técnicos de la construcción naval, viéndose envueltos en emocionantes aventuras con auténtico sabor naval, en las que incluso participará un jovencísimo Pierre André de Suffren de Saint Tropez, marino francés que con el tiempo alcanzaría la gloria en el océano Índico frente a los británicos. No faltan las batallas navales, en las que Granados demuestra un gran conocimiento de las artes marineras de la época, así como de la maniobra del buque y de las técnicas del combate naval.

Sartine y la guerra de los guaraníes

En esta primera secuela, Sartine y sus comisarios ordenadores se desplazan al Paraguay de las reducciones jesuíticas, siguiendo una vez más las instrucciones del marqués de la Ensenada, interesado en obstaculizar el tratado hispano-luso de 1750 con el fin de detener la expansión portuguesa hacia el interior del continente.

Simultáneamente a los hechos que tienen lugar en las misiones guaraníes, el autor nos transporta a una apasionante trama paralela que acaece prácticamente dos siglos antes, concretamente en 1570, durante la construcción del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Ambos argumentos terminarán confluyendo.

Sartine conseguirá salir airoso de las sucesivas emboscadas a las que se ve sometido en la selva amazónica, tras padecer el azote de los insectos, las asechanzas de los múltiples enemigos (ingleses, indígenas mocovíes y algún que otro jesuita enloquecido), y a las agotadoras marchas que le dejan sin

resuello mientras sueña con un poco de café, una buena pipa y un trago de grog.

No puede faltar en la novela una exhibición de la pericia marinera del protagonista, quien en una hazaña de corte shackeltoniano conseguirá gobernar la fragata *Jasón* hasta los sesenta y dos grados de latitud sur, emulando al almirante británico Anson, para alcanzar al navío *Purísima Concepción*.

El sorprendente desenlace permite a Sartine cantarle las cuarenta al siempre intrigante Benjamin Keene, y anuncia una nueva aventura de Sartine, esta vez en los establecimientos clandestinos británicos en la Costa de los Mosquitos. Los seguidores de Sartine, aguardamos con impaciencia y fruición las nuevas andanzas por tierras hondureñas del más importante de los intendentes navales de ficción.

Conclusiones

Dado que por fin disponemos de una serie de novelas capaces de competir en intensa amenidad y rigor histórico con los incesantes relatos británicos que anualmente y en cascada arriban a nuestras librerías, es hora de favorecer la difusión de obras como las de Juan Granados, así como de incentivar la narrativa inspirada en las abundantes y formidables efemérides que jalonan nuestra historia naval desde los tiempos de los almogávares hasta la actualidad.

El buque de acción marítima *Furor* en el Arsenal de Ferrol, completando el pertrechado y carga de víveres antes de partir hacia su base en Cartagena, enero de 2019. (Foto: José Luis Porto Romalde).